



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

Los intelectuales españoles y el problema colonial

LUIS DE LLERA ESTEBAN

Catedrático de Lengua y Literatura Española de la Universidad de l'Aquila

y MILAGROSA ROMERO SAMPER

Profesora asociada de Lengua y Literatura Española de la Universidad Católica de Brescia

El mito de la Generación del 98

Negar la importancia de la guerra de Cuba en la cultura española de la época equivaldría a afirmar el total desarraigo de sus intelectuales del propio suelo y de la propia sociedad. Significaría en cierto modo asumir la más completa divergencia entre historia política y literaria. La guerra de Cuba —¿qué duda cabe!— afectó a la conciencia nacional por tantos motivos que resultaría absurdo creer en una colectiva irresponsabilidad de la clase docta. Además no hubiera sido posible hacer oídos sordos frente a una prensa absorbida diariamente por la evolución de los partes de guerra.

En 1898 toda la clase alfabetada —y analfabetada— estaba al tanto de la suerte de sus soldados, de su honor, de su prestigio y de su economía. Sin embargo la preocupación por Cuba no afectaba de la misma manera ni a todos los españoles, ni a todas sus clases sociales. Más bien se puede decir que eran pocos los españoles en recibir beneficios de los conflictos coloniales. Y por supuesto los intelectuales, en su mayoría, no se encontraban entre ellos. No por casualidad Ramiro de Maeztu ha sido el escritor de la llamada Generación del «98» que ha dedicado el mayor número de páginas al problema cubano. Su abuelo había emigrado a la isla caribeña donde consiguió hacer una notable fortuna. El padre nació en tierras cubanas y allí transcurrió gran parte de su vida. Una vez casado volvió a España, instalándose en Vitoria donde en 1874 su mujer, Juana Whitney, daba a luz a Ramiro. En cierto momento la hacienda paterna, fincas agrícolas, empezó a quebrar y Maeztu tuvo que coger el barco para Cuba para salvar sus propiedades. Vida

dura desde 1891 a 1894, y además acabada en fracaso. No sólo no salvó el patrimonio familiar sino que además

«pesó azúcar, pintó chimeneas y paredes al sol; empujó cañas de masa cocida de seis de la tarde a seis de la mañana, cobró recibos por las calles de la Habana, fue dependiente de vidriera de cambio (...) y desempeñó otros mil oficios»¹.

Entre los científicos sirva como ejemplo el de Santiago Ramón y Cajal que como capitán médico sufrió todas las carencias y adversidades de nuestros súbditos en Cuba: hambre, enfermedad, peligros sin fin, y además el amargo testimonio de una corrupción generalizada y la clara percepción de la inutilidad del esfuerzo². El patriotismo de defender Cuba y de aliviar los sufrimientos de sus soldados se transformó en rabia y ésta en claudicación. Cuando en agosto de 1898 supo en la calle del desastre naval de Cavite y Santiago «volvió a casa, se encerró en su cuarto de trabajo y tomando el hilo de sus investigaciones lo siguió desde donde lo había dejado. Estaba entonces dilucidando el enigma del quiasma óptico. Muy pocos días le bastaron para dar cima a uno

¹ Ramiro de Maeztu, *Juventud menguante en «Alma Española»*, 24 de enero de 1904. Recogido de R. de Maeztu, *Artículos desconocidos 1897-1904* (edición de E. Inman Fox), Madrid, Castalia, pp. 11-12.

² Cajal marchó a Cuba en 1878 acompañado por un gran entusiasmo patriótico. Al llegar a la isla le destinaron a una enfermería en medio de la jungla, Vista Hermosa. La situación del entonces joven oficial nos la describe Santiago Loren: «En la inmensa mancha verde de la manigua del distrito de Puerto Príncipe y buscando bien, se puede ver un altozano hasta el que trepan los matorrales, como queriendo sepultarlo y encubrirlo bajo sus ramas voraces. En el altozano un fortín de troncos de árboles, cuadrado, y al lado una gran barraca con torreones en sus esquinas. Dentro de la barraca camas, muchas camas, ocupadas por hombres con caras cadavéricas y rostros barbudos y sudorosos. En un extremo un cuarto hecho de tablas, y dentro el capitán médico Santiago Ramón y Cajal, también tendido en la cama (...). Por la ventana del cuarto se ve a unos soldados que están segando a machetazos las altas hierbas y los arbustos que sólo hace unos días habían segado otra vez. Es preciso dejar un glacis para prevenir los ataques. Alrededor de la cama de Cajal, correajes, cartucheras, cantimploras; en gran cantidad todo porque pertenecieron a soldados que han muerto. En la pared montones de cajas de galletas, fusiles, sacos de azúcar y botes de medicamentos. Sobre todo de un medicamento, quinina, que es casi lo único que se usa. En un rincón una mesita y encima trastos extraños al lugar: son cubetes, placas y chasis de máquina fotográfica, pero están llenos de polvo porque su propietario hace bastantes días que no puede levantarse de la cama (...) Pero esto no le debe de apurar mucho, porque en este momento está [aprendiendo inglés!]. Ver: *Ramón y Cajal*, Barcelona, Editorial Noguer, S.A., 1982, p. 124. El autor de vol. cuenta del enfado de Cajal cuando descubrió que mientras sus enfermos bebían sopas aguadas el sargento practicante comía gallina. Antes de pedir justicia al comandante del batallón y un castigo ejemplar habló con un compañero que le aconsejó: «Hay cosas, Ramón, que hay que dejarlas estar. Quizás si se profundiza demasiado... Hace tiempo que todo funciona así y nadie se ha quejado. Los compañeros que te precedieron comprendieron muy sensatamente que hay circunstancias en la vida que justifican los hechos y obrando así no les fue mal. Por ejemplo, ¿dónde comes tú? (*Ibidem.*... p. 131).

El sólido patriotismo de Cajal se mantuvo en pie, pero no su idea de mantener Cuba a todo trance.

de sus mejores descubrimientos; y cuando lo terminó tuvo el absoluto convencimiento de que había hecho por su patria muchísimo más que cuantos en Madrid seguían despotricando contra Salmerón, Silvela o Sagasta»³.

El menguado interés por el «Desastre» alcanzó también a Maeztu. Cuba le interesó por motivos económicos. Una vez desaparecidos éstos emergió el punto de vista del intelectual. En agosto de 1897, un año antes de la rendición, exponía su solución en una revista progresista de la época.

«Un amigo mío me dice que si tuviera un brazo canceroso se lo haría cortar antes de que la enfermedad llegara al tronco; otro, que si sus recursos no le permitieran atender a su casa, enajenaría su finca de recreo.

No falta quien afirme que si una propiedad arruina al propietario, debe enajenarla lo antes que pueda y al mejor precio posible. En estos tiempos hacen más milagros las varas de medir que la lanza del valeroso Don Quijote.»⁴

El laboratorio de don Santiago y la vara de medir de Maeztu están indicando una salida común a la España del «Desastre»; es decir la reconstrucción de la nación por medio de la técnica, de la ciencia⁵, del trabajo y de la economía. Los quirotismos quedaban atrás por estériles. Una nueva filosofía se imponía para una nación a punto de concluir en 1897 su largo ciclo colonial. Ramón y Cajal y Maeztu representaban solamente una pequeña parte de una clase literaria y científica dispuesta a dar un giro de timón a la nación española. El mismo Rubén Darío, poeta puro, expresaba en términos exaltados su entusiasmo ante la realidad catalana, en ocasión de su segundo viaje a España como corresponsal, precisamente, para informar de la situación española tras el «Desastre»:

«Llegué a Barcelona, y mi impresión fue lo más optimista posible. Celebré la vitalidad, el trabajo, lo bullicioso y lo pintoresco, el orgullo de las gentes de empresa y conquista, la energía del alma catalana, tanto en el soñador, que siempre es un poco práctico, como en el menestral, que siempre es un poco soñador.»⁶

³ *Ramón y Cajal*, *ob. cit.*, p. 266.

⁴ En «*Germinal*», 6 de agosto de 1897. Más recientemente en Ramiro de Maeztu, *Artículos desconocidos. 1897-1904*, (Edición de E. Inman Fox), *ob. cit.*, pp. 64-65.

⁵ Véase a este respecto la obra coordinada por José M. López Piñero *La ciencia en la España del siglo XIX*. Madrid, Marcial Pons, 1992. Especial relevancia tuvo en 1923 la visita de Einstein, a quien tuvieron ocasión de conocer los miembros de la generación modernista y las sucesivas: Thomas F. Glick, *Einstein y los españoles. Ciencia y sociedad en la España de entre guerras*, Madrid, Alianza, 1986.

⁶ Rubén Darío, *Diario*, en *Obras completas*, Madrid, Afrudisio Aguado, 1950, vol. I, p. 140. Trata el tema con más detalle en la crónica titulada «En Barcelona» y fechada el 1 de enero de 1899: *España Contemporánea*, *ibid.*, vol. III, pp. 26-39.

Ahora, en torno a 1900, una plantilla inmemorable de literatos y científicos⁷ rechazaba el pasado con todas sus consecuencias ideológicas, políticas y sociales —añadiríamos incluso, costumbristas— para preparar una nueva plataforma de expresión del ser de España, del modo de pensar, vivir y comportarse.

Paradójicamente los gritos de regeneración y de propuestas de salvación colectiva dejaban el puesto a una nueva filosofía de la historia capaz de sacar a España y a los españoles del marasmo de la larga decadencia, de la que la Restauración representaba solamente su último eslabón. La Edad de Plata de la cultura española hacía su primera aparición con la generación modernista y se preparaba para ulteriores propuestas de cambio y de perfeccionamiento con la de 1914⁸. Precisamente por esas fechas escribía Antonio Machado

«Mas otra España nace,
la España del cincel y de la maza,
con esa eterna juventud que se hace
del pasado macizo de la raza.
Una España implacable y redentora,
España que alborea
con un hacha en la mano vengadora,
España de la rabia y de la idea»⁹.

⁷ No cabe duda de que la plantilla de científicos fue inferior a la de los literatos. Sin embargo la España que estrena siglo conocerá nuevos descubrimientos tecnológicos, médicos etc. muy superiores a los de todo el siglo precedente. El ingeniero Francisco Bonet Dalmat pone en marcha un nuevo motor de explosión, útil para uso automovilístico (1898). En 1905 se inaugura el Observatorio de Física cósmica del Ebro. En 1907 la sociedad hispano-suiza construye el primer automóvil español a seis cilindros. En 1906 Santiago Ramón y Cajal recibe el premio Nobel de la medicina «por sus trabajos conducentes a descubrir la estructura y el funcionamiento del sistema nervioso». Pero sobre todo la elite económica del país participa de los numerosos descubrimientos efectuados en el resto de Europa. Para información puede ser útil *Crónica de la Técnica*, Barcelona, Plaza y Janés, 1989.

El nuevo nivel de vida, el modo de relación y de utilización de la técnica y de la ciencia transforman la sociedad y el modo de vivir de los españoles; en especial de sus minorías adineradas: «Los velocípedos Peugeot, Humber, Dayton, Cleveland o Miller circulan por las calles a cualquier hora, sobre todo desde la salida al mercado de la luz eléctrica de bolsillo. Las amas de casa cosen con sus máquinas Wertheim, silenciosas, afinadas y elegantes, y la fábrica de relojes Waltham no da abasto para llenar los bolsillos de los chalecos españoles, aún con su prodigiosa producción de 2000 piezas diarias. Un simple ejemplo: hace tan sólo un lustro la cocina económica era la pieza de resistencia de que dependía la familia. Hoy, gracias al gas, se puede elegir. Hay estufas de gas, cocinas, hornillos, caloríferos de fuego visible que suplen la chimenea, calentadores de agua y de baños y mecheros de luz. Todo a gas. Todo en venta o alquiler. Eso sí, para gente solvente, pues por lo general las compañías sólo alquilan a pisos de renta superior a las treinta pesetas mensuales. El gas es todavía para privilegiados, pero pronto, como todo lo moderno, se abaratará» (Ver: *Muy interesante. El siglo del progreso*, 1992, pp. 6-7, [revista de simulación histórica —1892— escrita un siglo después]).

⁸ Será precisamente Ortega quien iniciará la alternativa española a la filosofía de la decadencia.

⁹ «El mañana efímero», *Campos de Castilla*, en la edición de las Obras Completas *Poesía*, de Oreste Macrí, Milán, Lerici Editore, 19693, pp. 552-554.

Los ejemplos señalados nos sirven para anunciar nuestra tesis, ya entrevista en el campo literario pero menos en su interrelación con la política: estamos cada vez más convencidos de que los intelectuales españoles se preocuparon poco, muy poco, del «Desastre» de Cavite y Santiago, sobre todo —y puede parecer más sorprendente— a partir de agosto de 1898:

«(...) los nuevos escritores afectaban absoluta indiferencia en materia política, al modo de unos *dandies* de la pluma, y no se sumaban a los republicanos para pedir responsabilidades ni tratar de derrocar el régimen. Y así, mientras los reaccionarios los atacaban por su desdén a los clásicos, a la Retórica y aun a la Gramática, los revolucionarios los combatían por su inhibición y su indiferencia ante los viejos fetiches monárquicos que ellos tendían a destruir.»¹⁰

Tal afirmación no contrasta ni con la repetida crítica de tantos hombres de saber al sistema de la Restauración, ni tampoco con el empecinamiento de los llamados autores regeneracionistas contra la sociedad española de la época y contra el modo de afrontar el Gobierno el problema colonial. Por otra parte, y como se ha repetido frecuentemente, esto no quiere decir que no faltase, en los ámbitos más conservadores (ya fueran católicos o laicos) un patriotismo quijotesco, deseoso de llevar la guerra hasta sus últimas consecuencias, lo que demuestra la pervivencia de una tradición y de un modo de ser del español anclado en la filosofía de la España Imperial y en sus valores ideológicos.

El segundo punto de nuestra tesis consiste en denunciar, siguiendo una cierta tradición historiográfica¹¹, la falsedad de asociar la fecha del «Desastre» a la mal llamada Generación de 1898, ya que ésta no existió nunca y además porque autores encuadrados por la crítica literaria en tal movimiento —es decir los modernistas— sintieron mucho más la atracción por los cambios del nuevo siglo que por la pérdida colonial. Cuba significó en la mejor de las hipótesis un punto de referencia, una fecha que representaba el final de un ciclo cultural y el inicio de otro nuevo, el modernismo.

Modernismo

Para explicar cuanto decimos se hacen necesarias distinciones importantes. En primer lugar no confundir el regeneracionismo con la mal llamada Generación del 98. Después no identificar la clase intelectual con los prosis-

¹⁰ Rafael Cansinos-Asséns, *La novela de un literato*, Madrid, Alianza Editorial, 1982, vol. I, p. 21.

¹¹ En esta línea, véanse Luis de Llera Esteban, *Relaciones culturales italo-hispánicas. La embajada de T. Gallarati Scotti en Madrid (1945-1946)*, Milán, Cisalpino-Goliardica, 1985; Milagrosa Romero Samper, «Modernidad, Modernismo y modernismos. Iglesia y cultura en la España de fin de siglo», *Hispania Sacra*, XLIII, 1989, y el volumen coordinado por Luis de Llera, *Religión y literatura en el Modernismo Español, 1902-1914*, Madrid, Actas, 1994.

tas y poetas de la época. La interrelación entre literatura y política es casi siempre una realidad evidente a lo largo de toda la historia, pero no resulta adecuado metodológicamente —ni corresponde a verdad— mezclar categorías de orden social y político con otras de carácter filosófico y literario. En suma, no podemos asimilar regeneracionismo con modernismo (es decir Generación del 98), porque el primer movimiento responde al descontento de los intelectuales, de izquierda y de derecha, hacia el sistema de la Restauración, proponiendo al país soluciones de reforma política, social, agraria, hidráulica, sanitaria etc. Los escritos son ensayos de denuncia; sus respuestas fueron políticas, educativas y técnicas. El modernismo, en cambio, se dirigió prevalentemente al hombre concreto, a sus problemas esenciales y existenciales. Sus componentes, literatos con preocupaciones filosóficas, usaron principalmente la poesía, la novela y un ensayo muy diferente del regeneracionista, más conceptual y abstracto, más antropológico que sociológico¹².

Alguien podría objetar que antes de 1900, y desde 1876, los miembros de la Institución Libre de Enseñanza con su líder a la cabeza, Francisco Giner de los Ríos, abogaron también por un cambio radical del español, hablaron y escribieron sobre el hombre nuevo, único capaz de modificar desde los cimientos el estado de la nación. Sin embargo y a pesar de las analogías y de algunas indudables semejanzas hay que afirmar con rotundidad que la situación cultural y el punto de vista de la minoría culta había cambiado alrededor de 1900. Las tendencias colectivistas de la segunda mitad del siglo XIX, productos culturales a fin de cuentas del idealismo y del positivismo, habían sido sustituidos por otros más individualistas. El hombre concreto, de carne y hueso, va a ocupar el puesto de los males de la patria, de las preocupaciones sociales, del orgullo y del honor colectivo.

España, a pesar de su aislamiento y de la pertinaz creencia de muchos de sus políticos e intelectuales en considerarla un caso aparte, asistía, como el resto de la Europa occidental, a las grandes novedades del siglo recién estrenado. Las comunicaciones, los transportes, la industria, el comercio convergían en la instauración de un nuevo climax internacional. El planeta tierra se hacía pequeño y más aún el flanco occidental del Viejo Continente. La cultura viajaba cada vez con mayor rapidez, ayudada sin duda por una mayor libertad de ideas y sustentada por los sistemas políticos constitucionales¹³.

¹² A pesar de ello, M^a Dolores Albiac ha intentado reconstruir los presupuestos de una «péctica regeneracionista» en la revista *Cultura Española*, cuyo crítico Perés intentó englobar en tal corriente a Martínez Sierra, Costa, Galdós, Pardo Bazán, Valle-Inclán, Baroja y Blasco, entre otros. «Regeneracionismo y literatura en la revista *Cultura Española* (1906-1909)», en el volumen editado bajo el cuidado de J. L. García Delgado, *La España de la Restauración. Política, economía, legislación y cultura*, Madrid, Siglo XXI, 1985, p. 525.

¹³ El sistema canovista permitió una libertad de prensa casi absoluta; aparte de la obra clásica de Pedro Gómez Aparicio, *Historia del periodismo español*, Madrid, Editora Nacional, 1967, véanse las de J. T. Álvarez, *Restauración y prensa de masas. Los engranajes de su sistema (1875-1883)*, Madrid, 1981; M^a Dolores Saiz, *Historia del periodismo en España*, Madrid,

Si la frontera pirenaica no había constituido un obstáculo infranqueable para la llegada del positivismo filosófico, del darwinismo y del naturalismo literario durante el último cuarto del siglo pasado, mucho menor lo sería ahora, a la altura de 1898, para acoger el simbolismo francés de Verlaine, Rimbaud, Mallarmé, o el decadentismo italiano de Fogazzaro, D'Annunzio y Pascoli o, en fin del prerrafaelismo inglés o la influencia de los alemanes Rilke y Mann.

Leyendo a nuestros modernistas se encuentran en todos ellos y con frecuencia, los nombres de Schopenhauer, Nietzsche, Kierkegaard, además, naturalmente, de Ibsen y de la fiebre europea por la música de Wagner. La influencia de todos ellos por un saber más personal, más humano y que respondiese mejor a las exigencias esenciales y existenciales no tardó en llegar y en extenderse entre las clases cultas de España. Al terreno no le faltaba abono: desengaño político sin duda, pero también desencanto por la mentalidad y por la filosofía positivista que después de haber anunciado un progreso ilimitado había dejado a la sociedad entrillada entre los viejos y los nuevos problemas. Un siglo antes el Romanticismo, en nombre de la libertad del hombre, de la fuerza de su razón y de sus sentimientos, había logrado desplazar al iluminismo, defensor como el positivismo del progresivo perfeccionamiento del saber y de la sociedad. Ahora, alrededor de 1900, la cultura española, siguiendo en pocos años a la europea, buscaba en los recursos de lo íntimo, de la conciencia, del inconsciente, de la intuición, de una imaginación cada vez más sutilmente refinada y, al mismo tiempo más potente y prepotente, buscaba, decía, soluciones radicalmente diferentes a las aportadas por el siglo XIX¹⁴.

La razón teórica del idealismo y más tarde la razón experimental del positivismo habían ilusionado al hombre con los mismos efectos y postulados de una religión. La diferencia, no obstante, resulta evidente, pues las promesas de los dioses anuncian la verificación después de la muerte. En cambio el positivismo, en nombre de un radical cientifismo, quedó expuesto a la fatal verificación de la historia, cargada, como siempre, de triunfos y fracasos, de procesos y retrocesos.

Así que naturalistas y positivistas¹⁵ hasta más o menos 1898; modernistas a partir de esa fecha. Adiós, pues, a la Generación del 98. Y entonces los lla-

Alianza, 1983; M. Tuñón de Lara y otros, *Prensa y sociedad en España (1820-1936)*, Madrid, 1975; J. M. Desvois, *La prensa en España (1900-1931)*, Madrid, Siglo XXI, 1977; AA.VV., *La prensa en la revolución liberal*, Madrid, Universidad Complutense, 1983; César Antonio Molina, *Medio siglo de Prensa literaria española (1900-1950)*, Madrid, Endymion, 1990; M^a Pilar Celma Valero, *Literatura y Periodismo en las revistas del fin de siglo*, Barcelona, Júcar, 1991.

¹⁴ La identificación de la generación modernista con la de sus abuelos románticos se hace patente en el homenaje tributado a Larra el 13 de febrero de 1901, y referido por Azorín en *La voluntad*, basándose en la hoja circular escrita por Pío Baroja y titulada «La tumba de Larra» (reproducido en *La voluntad*, edición de E. Inman Fox, Madrid, Castalia, 1989, pp. 241-247). Otro rasgo de afinidad es la preferencia por el período histórico romántico de la primera guerra carlista, patente en la obra de Pío Baroja, Valle-Inclán y Unamuno.

¹⁵ Entre los primeros cabe mencionar a E. Pardo Bazán y a Clarín. Entre los segundos mencionamos a José del Perojo, Manuel de la Revilla, González Serrano, José de Caso y Navarro Flórez.

mados regeneracionistas, ¿dónde los colocamos? ¿Cuál es el lugar de intelectuales como Joaquín Costa, Damián Isern, Ricardo Macías Picavea, Lucas Mallada e, incluso, Angel Ganivet? La respuesta en primer lugar es metodológico-cultural; en segundo lugar también cronológica. Los citados autores no son clasificables ni en el campo estrictamente literario ni tampoco en el del ensayo de corte filosófico, como, por ejemplo, *En torno al casticismo*, de Unamuno. Sus obras más significativas entran más de lleno en el siglo XIX que en el XX. *Colectivismo, comunismo y socialismo en el derecho positivo español*, de J. Costa se publicó en 1895 y tres años después *Colectivismo agrario en España*. Es verdad también que su obra más conocida, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual del gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla* vio la luz sólo en 1901. Pero también lo es que la mayoría de sus trabajos son muy anteriores: *Representación política del Cid en la epopeya española* (1878), *Estudios jurídicos y políticos* (1880). En la misma fecha publicó otros estudios jurídicos. En cuanto a sus novelas no cabe decir mucho. Son productos de un insaciable escritor, pero difícilmente pueden ocupar un lugar digno en la historia de la literatura. Conoció y fue estimado por hombres como Unamuno y Ortega, pero sus verdaderos compañeros y amigos pertenecían al siglo anterior, y más precisamente a la Institución Libre de Enseñanza, donde entonces reinaba el mal llamado krausopositivismo: Giner, Azcárate y Salmorón figuran entre ellos¹⁶.

La obra príncipe del canovista Lucas Mallada —ya dijimos que el regeneracionismo tuvo su izquierda y su derecha— se publicó en 1890 con el significativo título de *Los males de la patria y la futura revolución española*. Ricardo Macías Picavea, nacido en 1847 y por tanto 17 años mayor que Unamuno, considerado como el autor más viejo del modernismo español, se contaba entre los alumnos de Sanz del Río. Moriría en 1899, un año después del «Desastre».

En 1902 aparecieron algunas obras importantes del movimiento nuevo llamado modernista: *Camino de perfección*, de Baroja, *La voluntad*, de Azorín, *Amor y pedagogía*, de Unamuno y *Sonata de otoño*, de Valle-Inclán. El nuevo ensayo, de estilo y sintaxis novedosos, era unánime en defender posiciones independientes, de afirmación personal, de negación del pasado y del presente; alzó el anarquismo como vistosa y estruendosa bandera; el existencialismo y la voluntad de poder representaron su recóndito pero unánime mensaje.

¹⁶ Sobre Costa la bibliografía es cuantiosa. Citamos algunos de los estudios más significativos: Manuel Ciges Aparicio, *Joaquín Costa el gran fracasado*, Madrid, Espasa Calpe, 1930; Eloy Fernández Clemente, *Educación y Revolución en Joaquín Costa*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1969; G. J. G. Cheyne, *Joaquín Costa el gran desconocido*, Barcelona, Ariel, 1972; M. Tuñón de Lara, *Costa y Unamuno en la crisis del fin de siglo*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1974; Jacques Maurice y Carlos Serrano, *J. Costa: crisis de la Restauración y populismo (1875-1911)*, Madrid, Siglo XXI, 1977; AA.VV., *El legado de Costa*, Zaragoza, Ministerio de Cultura-Diputación General de Archivos, 1984.

El costismo, aún viviente, quedaba atrás. A ninguno de los modernistas citados como autores nuevos —o casi— en 1902, ni tampoco a otros amigos y pertenecientes como ellos al modernismo interesaba mucho la visión costista de la historia de España. Su Cid Campeador, al contrario, sufría el rechazo total de Unamuno ya en un artículo de 1898, *Muera don Quijote*, publicado en «Vida Nueva». Ninguno pretendía engancharse, como Costa, a la cadena histórica del regeneracionismo español (Reyes Católicos, Alvaro Gómez Estrada, Aranda, Campomanes, etc.)¹⁷. Costa seguía contando con su público y con el favor de la prensa. «Basta pensar —escribe Tuñón de Lara— que cuando Costa publicó sus declaraciones en *El Liberal*, el 18 de octubre de 1898, una serie de diarios de provincias las reprodujeron al día siguiente: Costa era noticia; Unamuno y los más jóvenes lo serán más tarde»¹⁸. Si de las declaraciones pasamos a la literatura, los novelistas del realismo (Galdós, Pardo Bazán, etc.) vendían mucho más aún que los jóvenes modernistas. Sin embargo la nueva intelectualidad, la que andaba afirmándose en aquellos años y acabaría por imponerse en los sucesivos, pasaba con respetuosa indiferencia por todos los grandes nombres del pasado inmediato, incluso delante de los supervivientes más prestigiosos, a pesar de episodios aislados y sin continuidad como la cita modernista en torno a Galdós, en 1901, cuando publicó su desafiante *Electra*.

A pesar de las diferencias señaladas nos quedan aún por explicar muchos casos —a Uds. y a mí—. Querría responder a otra clasificación de acuerdo en cuanto a cronología con la tesis mantenida en este trabajo sin pretensiones. En algunos casos la manualística, incluso la más moderna, considera a los regeneracionistas como a los precursores de la mal llamada Generación del 98. En cuanto al sufijo *pre* estamos de acuerdo. Ya hemos citado a Tuñón a propósito de la fama de Costa y de los literatos realistas y naturalistas cuando aún Unamuno no había publicado su primer libro de valor, *En torno al casticismo*. Sin embargo repetimos que si coincidimos en la clasificación cronológica estamos muy distantes de aceptar al regeneracionismo como precedente ideológico de la Generación del 98; es decir del modernismo.

Hemos aducido las razones de forma y de fondo. Quizás el único motivo que engarza a regeneracionistas con modernistas sea el propósito de salvar las circunstancias¹⁹. Sin embargo como los puntos de vista eran diferentes, así como los intereses y las propuestas, resulta difícil concatenar a unos con los otros, puesto que los resultados fueron, también, muy distintos. La Restauración, al menos hasta la Semana Trágica de Barcelona, fue aceptada, en general, por la mayoría de los españoles que contaban. Fue la clase culta la más crítica, y, con el tiempo, la más contraria. En este sentido también se aprecian

¹⁷ Joaquín Costa, *Historia, política social: Patria*, Madrid, Aguilar, 1961.

¹⁸ Costa y Unamuno en la crisis de fin de siglo, ob. cit., p. 152.

¹⁹ En el vol. XVI-1 de la *Historia general de España y América*, Madrid, Rialp, 1982, titulé al largo capítulo dedicado a la historia del pensamiento español Filosofías de salvación. Hoy, sin renunciar al título, estaría dispuesto a rectificaciones y precisiones.

analogías significativas entre regeneracionistas y modernistas. El sentido de la minoría capaz de cambiar al país, presente, por ejemplo, en Costa y en otros autores favorables a la revolución desde arriba queda muy distante de la voluntad de los jóvenes modernistas. Además Costa no está exento de un cierto populismo proveniente de la clase social a la que pertenecía y a sus circunstancias culturales²⁰. Los modernistas, en cambio, no obstante las apatencias de gustar e imponerse a la opinión pública vivieron encerrados durante su juventud en una dorada bohemia —si exceptuamos a Unamuno— pero su sentido del saber como afirmación personal, el saberse únicos e irrepitibles los colocó durante su madurez en la torre de la superioridad, usando del arte como medio de fruición personal. Apariencias didácticas oscurecidas por el deseo de salvarse a sí mismos a través de la cultura, de la capacidad personal para elevarse por encima no sólo de los comunes mortales, sino incluso por encima de todos los españoles:

«La crítica reaccionaria, representada por Antonio Balbuena, los combatía con igual vigor que la liberal y comprensiva, representada por Clarín. Las revistas satíricas los ridiculizaban y zaherían. Y la opinión general, adormecida por la chabacanería del género chico, los versos achulapados de López Silva y los hueramente sentenciosos de Sinesio Delgado, indignábase contra aquellos jóvenes que escribían una prosa y un verso difíciles de entender, como música wagneriana, y herían todos los prejuicios dejándose unas melenas no siempre pulcras y cuidadas. Era aquella una guerra entre lo viejo y lo nuevo, un caso más de ese fenómeno biológico ya comprobado.»²¹

Regeneracionismo

A decir verdad ni siquiera a Joaquín Costa, el gran regeneracionista, interesó excesivamente el problema cubano. Cheyne ha contabilizado los artículos dedicados al problema colonial. Los resultados pueden sorprender, pues mientras publicó 32 referentes al problema antillano, 75 trataban de las colonias españolas en África. En 1884 se hizo miembro de la Sociedad española de Africanistas y Colonialistas. De ella formaban también parte los políticos de la Restauración, incluido el mismo Cánovas. No se puede descartar, aunque no tengamos textos demostrativos, que el desinterés por Cuba por parte de los escritores modernistas, unidos en la actitud del ante todo y contra todos, derive en parte, y como reacción del patriotismo de estas sociedades, de la pertenencia ideológica de algunos de sus miembros.

²⁰ Ver J. Maurice y C. Serrano, *J. Costa: crisis de la Restauración y populismo*, ob. cit., pp. 185-190.

²¹ Rafael Cansinos-Asséns, ob. cit., p. 21.

Volviendo a Cuba y a su preocupación antillana Carlos Serrano ha escrito que la posición de Costa sufrió una notable evolución. El primer periodo correspondería a los años de 1882 a 1887. Colaboró en este lustro con la Sociedad Abolicionista Española, de cuya dirección formaban parte, entre otros, institucionistas como Giner, Rafael M^a. de Labra, Alfredo Calderón y Azcárate. Las finalidades de la institución se concretaban en «la abolición inmediata de la esclavitud de negros», pero en modo tal que su acción no perturbase «el orden moral y material de nuestras Antillas». Carlos Serrano resume así el pensamiento antillano de nuestro regeneracionista: «Las intervenciones de Costa en las campañas abolicionistas pretenden, pues, demostrar la existencia de una comunidad de interés entre esclavizados antillanos y ciudadanos metropolitanos, enfrentados conjuntamente, aunque de forma y en grados diferentes, a lo que él mismo denomina entonces "la monarquía doctrinaria, en virtud de la idolatría que todavía inspira a ciertos grupos de pensadores y de políticos que acaudillan a las clases directoras del país". De hecho, eximía de toda responsabilidad en la situación antillana al pueblo español, de la escasez de recursos para intervenir en la vida política que le había otorgado el régimen. Muy por el contrario hacía hincapié en la responsabilidad de los partidos políticos y de sus líderes (...) siempre dispuestos a anunciar la abolición desde la oposición y nunca preparados a llevarla a cabo desde el Gobierno»²².

Una vez iniciada la última guerra cubana, la de 1895, la posición de Costa es más partidista, más política. Cada vez se aproxima más a posiciones independentistas con tal que no pusieran en entredicho el honor nacional y colectivo de la nación. Hasta el último momento propuso soluciones concretas, como una nueva legislación sobre el servicio militar obligatorio, pues actuando así «las clases directoras habrían tasado la sangre de sus hijos en más que el supuesto honor de la bandera. Se habría dado a los cubanos el primer día lo que se les ha brindado a última hora sobre una pila de cuarenta mil cadáveres y la guerra habría estallado al día siguiente»²³. Se mire como se mire la preocupación de Costa por el problema antillano es colonial y patriótica. Su dolor por Cuba y por los cubanos resulta siempre muy inferior al sentido hacia los soldados españoles, cuyo sacrificio no sirvió, por culpa de los politicantes, para ganar la guerra y crear una Cuba más justa, más libre, más autonómica, pero siempre española.

Pedro Cerezo Galán ha distinguido recientemente cuatro tipos de regeneracionismo. El primero tendría como ejemplo más claro un artículo de Silvela en *El Tiempo* de título «Sin pulso». Representaría la crítica más superficial y llorona, centrada en el nivel de atonía y desinterés de la nación ante la crisis de la Restauración y ante la pérdida colonial. El segundo comprendería al grupo de los que aquí hemos llamado los verdaderos regeneracionistas (Macías Pica-

²² Carlos Serrano, «Joaquín Costa y la cuestión cubana», en AA.VV., *El legado de Costa*, ob. cit., p. 201.

²³ Recogido de C. Serrano, *Joaquín Costa...*, ob. cit., p. 209.

vea, Lucas Mallada, etc.) y de los profesores provenientes de la I.L.E., ambos con mentalidad positiva y sociologizante. «Una tercera línea —prosigue Cerezo Galán—, la más emblemática y señera, es la del costismo, la línea crítica de más calado así como la de mayor alcance programático, porque significó el proyecto más articulado y riguroso con que la clase media y pequeño-burguesa aspiraban a la conquista del poder. (...) Lo que aportó Costa al regeneracionismo fue, ante todo, la base sociológica de sus análisis, que le permitía una crítica aguda y certera como ninguna otra al liberalismo formal de la Restauración y a la degeneración de la vida política parlamentaria (Cfr.: *Oligarquía y caciquismo*), así como acertar con propuestas reformadoras de alcance social (legislación social, seguridad social, capitalización del campo, etc.)»²⁴.

En el cuarto grupo Cerezo Galán sitúa a algunos pensadores socialistas y, en especial, a Jaime Vera, regeneracionista en clave antirregeneracionista; es decir crítico del sistema y, por tal, en oposición a la revolución desde arriba proclamada por Costa.

Azorín

Pues bien: todos estos regeneracionistas tienen que ver, como ya hemos dicho, relativamente poco con la Generación del 98 o modernista, por motivos de clara diferenciación en la formación cultural, en la diversidad de intereses y en la clara distinción generacional y cronológica. Se dio cuenta enseguida Azorín en *Clásicos y Modernos*:

«Existe una cierta ilusión óptica referente a la moderna literatura española de crítica social y política; se cree habitualmente que toda esa copiosa bibliografía regeneracionista, que todos esos trabajos formados bajo la obsesión del problema de España, han tratado (los problemas) a raíz del «Desastre» colonial y como consecuencia de él. Nada más erróneo; la literatura regeneradora, producida en 1898 hasta años después, no es sino una prolongación, una continuación lógica, coherente, de la crítica política y social, que desde muchos antes de las guerras coloniales venía ejerciéndose. El «Desastre» avivó, sí, el movimiento, pero la tendencia era antigua, ininterrumpida.»²⁵

En el mismo volumen precisa el inventor de la *Generación del 98* que, en cambio, respecto a la literatura, el período que se inicia en torno a la fecha del «Desastre» representó un verdadero renacimiento cultural estético y filosófico:

²⁴ Ver: *El 98: la generación trágica*, en *Historia de España* de Ramón Menéndez Pidal, t. XXXIX, 1, del título *La Edad de plata de la cultura española. 1898-1936*, Madrid, Espasa-Calpe, 1993, p. 139.

²⁵ *Clásicos y modernos*, Madrid, Losada, 1959, pp. 18-181.

«Ni un artista ni una sociedad de artistas podría renovar el arte sin una influencia extraña. Nada hay primero, espontáneo o incausado en arte; aun los artistas que parecen más originales (por ejemplo, en pintura, un Velázquez o un Goya) deben toda su fuerza, todo su vigor, toda su luminosidad a una sugestión extraña a ellos.»²⁶

En el artículo de Martínez Ruiz *Las ideas del 98* señala a Gautier, Verlaine y Nietzsche como los autores extranjeros más influyentes para la nueva generación. Sobre todo el último:

«Nietzsche era en la época citada para la juventud, tanto en España como en Francia, un rebelde, un anarquista. Pocos años después, cuando se le tradujo íntegramente al francés y se le estudió con cuidado la idea de Nietzsche sufrió una transmutación considerable. Pero el pensador alemán hizo brotar en España muchos gestos de iracundia y múltiples gritos de protesta.»

El modernismo, toda la generación de literatos, intelectuales, filósofos, científicos que empezó a escribir en torno a 1898-1902, significó sobre todo rechazo del pasado en todas sus facetas. La preocupación política no fue la principal. Los jóvenes modernistas, desengañados de la Restauración pero aún más del positivismo, dirigieron su interés primero a las teorías que sustentaban la fuerza de la voluntad, de la conciencia, del propio yo.

A Antonio Azorín —decía él mismo— «la multitud le exaspera: odio profundo, odio tal vez rezago de lejanos despechos, le impulsa fieramente contra la frivolidad de las muchedumbres veleidosas. El discurso aplaudido de un exministro estúpido, el fondo populachero de un periódico, la frase hueca de un periodista vano, la idiotez de una burguesía caquética, le convulsionan en apoplécticos furores. Odia la frase hecha, el criterio marmóreo, la sistematización embrutecedora, la ley, salvaguardia de los bandidos, el orden, amparo de los tiranos... Y a lo largo de la estancia recargada de libros, nervioso, irascible, enardecido, va y viene mientras sus frases cálidas vuelan a las alturas de una sutil y deprimente metafísica.»

Sin embargo, y a pesar de las influencias del nihilismo, quedó alguna esperanza:

«Todo pasa, Azorín; todo cambia y perece. Y la substancia universal, — misteriosa, incognoscible—, perdura.»²⁷

²⁶ *Ibidem.*, p. 164.

²⁷ J. Martínez Ruiz, *La voluntad* (edición de E. Inman Fox), Madrid, Castalia, 1987, p. 72.

Sabe bien Azorín, como los otros modernistas, que el pasado y el presente son huecos, sin interés para la salvación personal. El problema reside en hallar, ante el gran abanico que ofrece la modernidad, un camino seguro. Lo encontrará con el tiempo; mientras tanto se mece entre opuestos voluntarismos. Como ha escrito Inman Fox, «por falta de fe en el progreso o por falta de audacia —de todos modos por la voluntad quebrada— Antonio Azorín decide salir de Madrid, símbolo esto de un fracaso irremediable del hombre de acción. Acaba victoriosa la voluntad de Schopenhauer, esta fuerza negra, sustancia del universo, que juega inconscientemente con la vida humana, sobre la voluntad de Nietzsche, la afirmación de la personalidad».

Y Cuba, ¿interesaba al joven Martínez Ruiz? El gesto de pedir a los poderes públicos, juntamente con Baroja y Maeztu —el llamado grupo de los tres— la erección de un monumento a las víctimas de Cuba contrasta con la casi total falta de referencias al problema colonial, tanto en sus artículos como en las novelas publicadas en proximidad al «Desastre», *Diario de un enfermo* (1901), *La voluntad* (1902), *Antonio Azorín* (1903) y *Confesiones de un pequeño filósofo* (1904). Sin embargo, de lo poco que cuenta se comprende su actitud de rechazo ante la guerra, sostenida por los pobres soldaditos hijos de las clases humildes y en beneficio de las clases pudientes. Por ejemplo, en el prólogo escrito al volumen del anarquista A. Hamon, *De la patria*, y refiriéndose al problema colonial ha dejado escrito:

«¡La patria! ¿Dónde está la patria del comerciante afanado en enriquecerse a costa de mil diversos latrocinios? ¿Dónde la del industrial falsificador de todo lo falsificable? ¿Dónde la del financiero agiotista en todas las naciones, bandolero legal en todos los idiomas. Habláis de patria todos. Pero que el minero vaya a perecer por ello a las colonias, que el minero baje a la mina y muera por vosotros ..., que todos los que no tienen hogar defiendan el hogar del que no lo tiene; que todos los que no tienen bienes trabajen por conservar los ajenos.»²⁸

La derrota y el fracaso, por lo demás, no dejan de entonar bien con el melancólico espíritu de Antonio Azorín, que contempla con escepticismo las pruebas (¡dos años después de la guerra!) del torpedo inventado por un ingeniero de emblemático nombre: Alonso Quijano. Ni que decir tiene que los resultados no responden a las expectativas creadas entre el público, que ya piensa en un «desquite» por Cavite y Santiago. Y así, el periodista Azorín envía una crónica titulada «Epílogo de un sueño»:

«La vieja águila española (...) ha vuelto taciturna a sus blasones palatinos, entre el hacecillo de flechas y la simbólica madeja». Se detie-

²⁸ Recogido de E. Inman Fox, *Ideología y política*, ob. cit., pág. 51. En la misma línea se sitúa su rechazo inicial del pacifismo o «rebelión pasiva» propugnada por Tolstói en la «Revista Blanca» en 1902 (*La voluntad*, ob. cit., pp. 116-119).

ne indeciso; arregla las cuartillas; moja la pluma; torna a mojar la pluma...»²⁹

Desahogos sentimentales sin pretensiones de saldaduras imposibles. Los modernistas se encontraban gustosamente angustiados con su propia interioridad, arenados en los placeres de la angustia, despreocupados, en el fondo, por lo externo, mirando dentro de sus entrañas y escudriñando los ricos recovecos del alma. Como ha escrito Juan López Morillas «ninguno de esos hombres pretendió resolver problema alguno que no fuera de índole personal (...) En realidad, cada uno de ellos se sirvió de la angustia del momento para hacer de ella —en el más noble sentido— poesía. Incluso aquellos que, como Unamuno y Maeztu mostraron en los meses posteriores al «Desastre» algún interés por soluciones prácticas, pronto les volvieron la espalda y acabaron por ser, ellos precisamente, los más refractarios a toda terapéutica social, política o económica»³⁰.

Maeztu

No muy distinta es la posición de Maeztu, también él fascinado por el anarquismo de moda y por el nietzchismo. Costa le resulta a Maeztu demasiado romántico. La Iglesia y el Estado, demasiado egófstas y corrompidos. Las instituciones han perdido el paso de la historia. Una vez más, el individualismo contra el racionalismo, el modernismo contra el krausopositivismo³¹:

«Desde luego —ha dejado escrito Maeztu—, no existen más que dos filosofías: la de la humanidad o del rebaño, y la de las individualidades poderosas. A la primera pertenecen Buda, Sócrates, Cristo, Carlos Marx y Eliseo Reclus. En éste no hay matices (...). Los demás no discrepan sino en el emplazamiento del paraíso, unos los colocan en la Tierra, otros en el Cielo; todos discurren con criterio cobarde y utopista, con alma de tullidos.

²⁹ *La voluntad*, ob. cit., pp. 121-128. El episodio se basa en un hecho real: el invento, por Manuel Daza, de un torpedo que suscitó gran interés cuando ya era demasiado tarde. En la misma obra se hace alusión al inventor de otro torpedo dirigible. Interesa señalar, sin embargo, que Azorín lamenta, más que nada, la resistencia de los labradores a usar sus máquinas agrícolas, mucho más prácticas (*ibid.*, pp. 155-157).

³⁰ Cfr.: Hacia el 98: literatura, sociedad, ideología, Barcelona, Ariel, 1972, p. 227.

³¹ «Verdad —escribe Maeztu— que la educación krausista y librepensadora es también impotente para crear hombres capaces de bastarse a sí mismos. Me libraré muy mucho de dársela a mis hijos». Para nada mejor es la católica, pues si bien los cristianos «ignoran las majaderías que propagan Salmerón y Giner de los Ríos, Azcárate y Odón de Buen, no se librarán de las insulseces del padre Mendive, de Ortí y Lara y de los ejercicios de San Ignacio. Prefiero educar a mis hijos a la inglesa, acostumbrándoles desde niños a saber lo que el dinero vale y cuesta» (*El dinero frente a la Iglesia*, en *Artículos desconocidos*, ob. cit., p. 82).

La concepción individualista es más amplia (...). [Además] el superhombre que evocó el cantor de la medianoche —la página lírica más bella que se haya escrito— es ante todo heroico. Fuerte, pero franco; temible, pero altivo; ambicioso como Satán, pero rey de la luz y no de las tinieblas.»³²

Maeztu, no obstante sus amores nietzschistas, ha sido sin duda el moderado que más artículos ha dedicado al «Desastre», hasta el punto de ser encajillado con harta frecuencia en el grupo de los regeneracionistas fin de siglo.³³ Ya lo dijo Gaspar Gómez de la Serna en 1952: «Maeztu ha sido acaso el miembro de esa generación a quien más directa y vitalmente afectó el problema de España en el momento de su escandalosa emergencia por entre las ruinas del «Desastre». Con la excepción de Unamuno, los demás miembros del 98 encuentran en la literatura en cierto modo el mueble estético sobre el que su inquietud puede rebotar más blandamente desviando sus ecos acerbos, su dolorido sentir, por una especie de tercera dimensión artística absolutamente creadora y, por lo mismo, liberada en alguna medida de la asendereada realidad»³⁴.

Sí, en efecto Maeztu dedicó buena parte de su obra *Hacia otra España* al problema colonial y en especial al cubano. Publicada en Bilbao en 1899, recoge artículos de los años precedentes —1896-1898—. La segunda de las tres partes en que se divide lleva el título *De las guerras*. Como escribe Blanco Aguinaga, «la intención de Maeztu parece, pues, haber sido el darnos un libro en que se revele la evolución de su pensamiento respecto al problema de España antes de la guerra con Estados Unidos (pero durante la guerra de liberación cubana), durante la guerra con Estados Unidos y después de la derrota de Cavite y Santiago. Se trata, por lo tanto, del único trabajo de la generación del 98 estructurado para asignar importancia crucial a la guerra y al Desastre»³⁵.

En *De las guerras* el lector puede hallar contradicciones entre el Maeztu opuesto a todo belicismo colonial y el patriota herido en su amor propio por la guerra desigual llevada a cabo contra los Estados Unidos. Él mismo se da cuenta de estas paradojas y las explica achacándolas al ambiente de emoción vivido por los españoles durante los últimos meses de guerra. En resumen, patriotismo pasajero y anticolonialismo permanente en el joven Ramiro. Anunció con tiempo el «Desastre», denominándolo nada menos el Sedán

³² Nietzsche y Maquiavelo, en *Artículos desconocidos 1897-1904*, ob. cit., p. 120.

³³ Es lo que hacen, por ejemplo, Felipe B. Pedraza y Milagros Rodríguez Cáceres en la historia de literatura española más completa publicada en los últimos años. Cfr.: *Manual de literatura española. IX. Generación de fin de siglo: prosistas*, Barriozar, Cénlit, 1987, p. 175 y ss.

³⁴ Gaspar Gómez de la Serna, Maeztu y el 98, «Cha», n. 33 y 34 (septiembre-octubre), 1952, p. 136.

³⁵ Carlos Blanco Aguinaga, *Juventud del 98*, Madrid, Siglo XXI, 1970, p. 167.

español, no obstante quita en las mismas páginas importancia a la analogía entre la derrota española y la francesa cuando escribe que «el Sedán en lejanas posesiones no es la muerte, ese Sedán pudiera ser la vida»³⁶; es más: de esa derrota nacerá una nueva España.

El punto negativo de la pérdida de Cuba no es moral, ni patriótico. Reside en haber perdido España la red de mercados coloniales. Por otra parte los intereses cubanos no podían alcanzar nunca un volumen suficiente como para sacar a la península de sus atolladeros económicos. La pérdida de Cuba podría haber significado para el Maeztu de 1897 y hasta el verano de 1898 un «Desastre» económico. Y ello en el caso de que la isla antillana no hubiera creado problemas como los estaba creando. Como diría un dicho español, seguir en Cuba significaría dar más importancia al collar que al perro. La solución pues para Maeztu había que encontrarla en una repoblación y desarrollo de las regiones del interior de la península, en grado de consumir la producción de las industrias de las zonas industriales de la periferia española:

«La pérdida de los mercados coloniales —escribe Maeztu en *Hacia otra España*— pone de manifiesto la periférica superficialidad de nuestra evolución económica... De nada sirve que Vizcaya produzca hierros, tejidos Cataluña, mineral Almería, cobre Huelva, Valencia frutos y objetos de arte y Cádiz ricos vinos. Para que estas industrias se asentarán sobre sólidas bases, sería preciso que el núcleo nacional, el granero, la meseta de Castilla ofreciera un mercado de consumo suficiente.»³⁷

Decenas de artículos sobre Cuba publicó Maeztu antes de la derrota. También después, pidiendo como otros españoles responsabilidades. No sólo al Gobierno sino también a toda una sociedad que no ha sabido estar a la altura de los tiempos:

«Los Gobiernos españoles que son y han sido siempre malos; los partidos de oposición, que no han salido mejorables; las clases directoras, que han conducido mal; las clases dirigidas que se han dejado llevar como rebaños... Tiénela nuestros antepasados, que fundaron un imperio colonial tan grande que para sustentarlo hubo de despoblarse el suelo patrio, el verdadero suelo patrio.»³⁸

Estamos muy lejos del Maeztu más conocido, del teórico de la Hispanidad y defensor de la tradición. La experiencia americana le había abierto al joven Ramiro el interés y la admiración por la potencia económica de los EE.UU.. Era otro modo de participación en la modernidad, acompañada, si no producida, por la industria, la técnica y el desarrollo comercial.

³⁶ Ver la edición de *Hacia otra España* de Rialp, Madrid, 1967, p. 102.

³⁷ Cfr.: *Hacia otra España*, ob. cit., p. 175.

«La omnipotencia —escribirá Maeztu años después— me parecía patrimonio de los Bancos; no de las tradiciones. Desde 1894 hasta 1897 había vivido en Bilbao, entonces en pleno desarrollo industrial (...). Nos habían vencido los Estados Unidos. ¿En qué? En el progreso, en la riqueza. Había que lanzarse a la conquista de la riqueza y del progreso.»³⁹

Contrasta ¡qué duda cabe! el derroche de tinta empleada por Maeztu en estos años para explicar el problema cubano y la casi total desatención de sus compañeros modernistas. Por eso he abusado de la paciencia del auditorio citando desproporcionadamente sus textos sobre Cuba. Él ya se dio cuenta de que había sido el único entre los modernistas, grupo en el cual se sentía incluido— fíjense bien, hemos dicho modernismo y no regeneracionismo—, en haberse preocupado por Cuba:

«Mis compañeros de letras no quisieron persuadirse de ello. Prefirieron su carrera y producción literaria, mientras que yo me había dejado de versos y de cuentos para darme por entero a la propaganda regeneradora. Acaso tuvieran ellos razón y yo pecara de inocente.»⁴⁰

Sin embargo Maeztu, como Baroja o Azorín, se enfrascó enseguida en combates por fines y con medios muy diferentes a los 500.000 soldados que, según él, harían falta para vencer en Cuba. Empezó la lucha a favor del modernismo. Su participación en revistas, mítines y manifiestos lo demuestra. El grupo de los tres, juntamente con Unamuno, representó la fuerza de choque de la nueva literatura y filosofía modernista. Incluso, y como ha escrito con acierto en este caso Granjel, «en José Martínez Ruiz, como en Maeztu, es más evidente la presencia rectora de Nietzsche. Buena parte del doctrinarismo político-social de Ramiro de Maeztu tiene raíz nietzscheana; Azorín llama a Maeztu "el más exaltado de los nietzscheanos", y Baroja en cierta ocasión dijo de Maeztu que aspiraba a ser el Nietzsche español»⁴¹. No le han faltado a Granjel textos para demostrar lo evidente. Ha elegido un texto de Azorín, de su libro *Madrid*, donde entre tantas líneas para afirmar el nietzschismo de Maeztu decía que sus amigos los modernistas

«crearon un Federico Nietzsche para su uso, y ese Nietzsche sirvió, indiscutiblemente, como pábulo en la labor de los aludidos literatos (...) Nosotros veíamos entonces representada a Europa, principalmente por Federico Nietzsche (...) La influencia schopenhaueriana se descubre, sobre todo, en el pergeño de aquellos personajes novelescos, Fernando

Ossorio, Silvestre Paradox y Antonio Azorín, quienes antes se dijo, simbolizan la actitud vital que dominó a los literatos noventayochistas [léase modernistas] en sus años juveniles.»⁴²

A partir de 1899 los vemos firmar artículos en la misma revista, «Vida Literaria», dirigida por Clarín. Es un momento de transición. Aún queda algo del pasado: el director de la publicación periódica, además de otros colaboradores, como A. Palacio Valdés. El grupo se hará cada vez más compacto: Azorín, Baroja, Maeztu y Unamuno publicarán juntos en «Electra», «Arte Joven», «La República de las Letras», «Helios», «Vida Nueva». El grupo de los tres se podría decir que se convierte en el de los cuatro con el apoyo de Unamuno. Todos de familias bien, de un tipo de burguesía superior a las clases medias invocadas por Costa para salvar el país. Ellos, excepto Maeztu, estaban ya salvados por sus propias circunstancias. Según Granjel la amistad y las finalidades compartidas produjeron identificación ideológica y literaria. Quizás resultaría más apropiado decir que fueron las mismas circunstancias españolas, coloniales y europeas las causas de la comunión en el modernismo. Concordamos totalmente con el citado historiador de la literatura cuando, después de afirmar que en reacción contra la frivolidad del ambiente esos escritores eran tristes, cita las palabras de Azorín:

«No se diga, como se suele, que la tristeza provenía de la consideración del «Desastre» colonial. Nos entristecía el «Desastre». Pero no era, no, la causa política, sino la psicológica. Emanaba, a no dudar, del repliegamiento sobre sí mismos de esos escritores. Repliegamiento a que obligaba el cansancio, ya naciente, de una sociedad —la sociedad de la Restauración—, que llegaba a su final.»⁴³

Baroja

Considerado por la crítica tradicional como una de las «cabezas de puente» de la «generación del 98», Pío Baroja, tan reacio a cualquier tipo de clasificación rechazó, como es sabido, la denominación creada por su querido amigo Azorín. Llama la atención que en los dos lugares en que se ocupa con escasas variaciones del tema, no haga ni siquiera mención al segundo término

⁴² Véase Luis S. Granjel, *La generación literaria del 98*, ob. cit., p. 173. Entre los muchos trabajos publicados sobre la presencia determinante de Nietzsche y Schopenhauer y en nuestros modernistas, y en especial en el grupo de los tres, entresacamos el ya clásico de Gonzalo Sobejano, *Nietzsche en España*, Madrid, Gredos, 1967; Donald Santiago, *La influencia de Arturo Schopenhauer en España desde finales del siglo XIX*, en *Actas del VI Seminario de Historia de la Filosofía española e Iberoamericana* (ed. de Antonio Heredia Soriano), Salamanca, Ediciones Universidad y Diputación de Badajoz, 1990, pp. 411-425.

⁴³ Cfr.: *La generación literaria del 98*, ob. cit., p. 165.

³⁸ Hacia otra España, ob. cit., p. 141 (subtítulo «Frente al conflicto»).

³⁹ *Diario de Navarra*, n.º 25 del 5 de 1935.

⁴⁰ *Ibidem...*

⁴¹ Ver: Luis S. Granjel, *La generación literaria del 98*, Salamanca, Anaya, 1973, p. 173.

acción. El conflicto colonial no sólo no constituye el tema de ninguna de sus novelas, sino que aparece de forma muy limitada en las Memorias y en las novelas con rasgos autobiográficos, en términos casi siempre literales, lo que hace pensar que el autor se basó para la ocasión en los mismos apuntes. No será porque le faltaran ocasiones de documentarse. Él mismo menciona en sus memorias a un pariente suyo, Antonio Goñi, que estaba de oficial en el *Cristóbal Colón*, y que le transmitió las impresiones negativas que imperaban en la Armada española⁵¹. Su pariente no es la única «autoridad» en la materia a quien pudo consultar:

«Días antes del encuentro desgraciado de nuestra flota con los americanos encontré al ingeniero de minas don Lucas Mallada en la calle.

—¿Qué le parece a usted esto? —le pregunté.

—Estamos perdidos —me dijo.

—Pero si dicen que tenemos hechos grandes preparativos.

—Eso es una fantasía. Sólo a ese chino, que los españoles consideran como el colmo de la candidez, se le pueden decir las cosas que nos están diciendo los periódicos.

—¿Usted lo cree así?

—No hay más que tener ojos en la cara (...)

—¿De manera que usted cree que vamos a la derrota?

—No a la derrota, a una cacería en donde nosotros haremos de conejo. Si alguno de nuestros barcos puede salvarse será una gran cosa.

Mallada, que era un hombre muy sabio, era pesimista en todo lo que no fuera cálculo y estudio.»⁵²

Parece evidente, por las preguntas del joven Baroja al famoso regeneracionista amigo de su padre, que el relativo desinterés y el escepticismo no estaban reñidos, en su caso, con cierto optimismo alimentado por la propaganda oficial, y que el curso de los acontecimientos trocaría en decepción. Es curioso notar, sin embargo, que más que el «Desastre» en sí, es la falta de reacción popular (el famoso «sin pulso» de Silvela) lo que produce la indignación de Baroja. Atento observador de lo que sucede en la calle, contempla con espíritu burlón las patriotas manifestaciones de las masas, enardecidas por las «necesidades y bravuconadas» de la prensa y las soflamas de Castelar. Baroja, como su personaje Andrés Hurtado, se identifica con una canción que cantan las cocineras:

«Parece mentira que por unos mulatos
estemos pasando tan malos ratos.
A Cuba se llevan la flor de la España,
y aquí no se queda más que la morralla.»

⁵¹ Oficiales y soldados estaban tan seguros de la derrota que hicieron testamento. *Desde la última vuelta del camino. Memorias. Familia, infancia y juventud*, O. C., vol. VII, p. 653.

⁵² *Ibid.* Las palabras de Mallada aparecen atribuidas a Iturriz en el capítulo «Comentario a lo pasado», en *El árbol de la ciencia*, edición de Cátedra, Madrid, 1993, pp. 245-247.

En otras palabras, la pérdida de las colonias no merecía ni el derramamiento de sangre española, ni siquiera grandes preocupaciones. El término «mulatos» es de por sí bastante elocuente⁵³. La falta relativa de interés, por debajo de las ruidosas manifestaciones de patriotismo, se manifiesta en un fenómeno señalado por Baroja en sus indagaciones acerca de la canción callejera: el tango mencionado, y otras coplas sobre la guerra, no eran sino arreglos de canciones bien conocidas; en realidad «no hubo mucha canción política por entonces». Ciertamente que el ambiente y la derrota influyeron en la música popular:

«(...) Al final de este período de las guerras coloniales se fue agudizando en la música popular la nota flamenca, agitanada y negra y vinieron las guajiras y se abusó de los cementerios y de los muertos. En algunas canciones todo esto se mezcló con aires de corneta de los soldados. Así, había guajira que empezaba con la languidez de un danzón de negros y acababa con una diana militar.»⁵⁴

¿Serían esas cornetas las de los veteranos y mutilados observados por Rubén Darío en la Puerta del Sol y sus alrededores? Fuera como fuese, el caso es que el entusiasmo popular se extinguió con la misma rapidez con que se había encendido. Y ello no era sino síntoma de decadencia, según un Baroja tan pendiente del darwinismo y de las teorías de la degeneración de Max Nordau, como Cánovas de las «naciones enfermas». ¿Decadencia respecto a qué? Respecto a la misma reacción popular ante otro episodio colonial: la pérdida de las Carolinas trece años antes⁵⁵. La indiferencia venía a subrayar la bravuconería de las manifestaciones patrióticas de primera hora:

⁵³ Los hispanoamericanos no despiertan en general la simpatía de Baroja, que suele aplicarles este calificativo o el de «indios» (incluso al mismo Rubén Darío).

⁵⁴ «La canción callejera», *Intermedios*, O. C., V, pp. 667-669. Otro ejemplo de chabacanería es la versión de un cuplé de Perrín y Palacios, de la revista *Cuadros disolventes*, a cargo del personaje *Gedeón*, que comentaba así las especialidades de distintos lugares: «Como a mí me gusta mucho, / pero mucho, comer bien, / donde hay buenos alimentos / de memoria yo me sé: / la gallina de Galicia, / la mejor gallina es; / para espárragos y fresas, / los jardines de Aranjuez; / para magras y embutidos, / Avilés y Badajoz; / para corderos, la Mancha; / para vinos, en Bordó; / para vacas, en Suiza; / para cerdos, Nueva York». *Familia, infancia y juventud*, O. C., VII, pp. 652-653; también se menciona en *La sensualidad pervertida*, Madrid, Alianza, 1988, p. 606, y en *Familia, infancia y juventud*, O. C., vol. VII, p. 653.

⁵⁵ «Yo recuerdo, en la infancia, un verano del año 1885 en Pamplona. En este pueblo hubo una manifestación de protesta por la posible eventualidad de que un gobierno europeo ocupara las islas Carolinas. Toda la gente de la calle se mostraba exaltada. Se pronunciaron discursos violentos. En las demás ciudades y en la capital de España se habían hecho manifestaciones parecidas. Nadie sabía nada de las Carolinas, que forman un archipiélago de más de quinientas islas, algunas magníficas, según parece. A pesar de la ignorancia completa acerca del valor de las islas, el fervor patriótico era de gran exaltación.

Trece años después, en 1898, veía yo un caso completamente distinto.

Un domingo se supo en Madrid que la guerra con los Estados Unidos se había terminado, y que Cuba y Filipinas dejaban de ser españolas. Ahora se conocía muy bien la importancia de estas islas y su riqueza; pero, a pesar de ello, la gente se mostraba tranquila y resignada. No

«A mí me indignó un tanto la actitud de la gente al saber la noticia; se recibió con una perfecta indiferencia; después de tantas alharacas, de dar la impresión de que todo el mundo estaba exaltado y frenético, resultó que el «Desastre» no hizo el menor efecto. La gente iba al teatro y a los toros con perfecta tranquilidad. Todas aquellas manifestaciones, gritos y artículos de los periódicos habían sido humo de pajas.»⁵⁶

Indignación y estupor al final del conflicto; relativo interés e incluso emoción al principio⁵⁷. Estos son los sentimientos que provoca en Baroja la guerra y que no le impiden, por otra parte, como se ha dicho, marchar casi inmediatamente a París a conocer el ambiente intelectual (y, por qué no decirlo, también un poco canalla) de finales de siglo. No faltan en sus comentarios, como es lógico, las alusiones irónicas a las ya apolilladas declaraciones de los políticos⁵⁸, como tampoco la defensa del grupo ante las acusaciones de que fue objeto a raíz de su pasividad ante el mismo «Desastre»:

«Otro reproche al grupo de juventud inadaptado fue su tendencia apolítica. En un artículo de Luis Morote, de hace años, se hablaba de esta generación; se decía que tendría más o menos mérito literario, pero que no había hecho nada por evitar la guerra de Cuba. Tal simpleza se repitió y hasta se le dio crédito, como si el escritor tuviera necesidad de ser político; en ninguna parte el literato puro se ha dedicado a la política. En esa época lejana de la guerra de Cuba, nuestros prohombres no hubieran dejado intervenir en los asuntos públicos a gente desconocida de veintidós o veintitrés años. La acusación es absolutamente ridícula.

El escritor no debe hacer más que escribir. Si el político encuentra algo aprovechable en su obra, lo debe aprovechar. Claro que para eso es

hubo protestas ni agitación. La gente acudió a los toros y al teatro como si no pasara nada. Fue por entonces cuando dijo Silvela que España no tenía pulso» («La decadencia de los pueblos», *Ensayos*, O. C., VIII, p. 954).

⁵⁶ *Familia, infancia y juventud*, O. C., vol. VII, p. 654.

⁵⁷ En *La sensualidad pervertida* se ofrece un análisis más fino de este proceso psicológico: «Por aquella época, a pesar de no ser yo un patriota, me ponía de mal humor el leer los periódicos y el ver lo mal que iba la cuestión de Cuba y Filipinas. Al comenzar la guerra con los yanquis, varias veces me propuse no enterarme de nada; pero las aglomeraciones de la gente delante de las oficinas de un periódico, en la calle de Sevilla, que anunciaba en un telón las noticias de la guerra, me hacían pararme (...). Al fin, sin quererlo, comencé a leer los periódicos, y las noticias de la guerra siguieron apasionándome (...). La intranquilidad que me produjo el creerme enfermo se mezcló a las noticias del desastre de nuestra pequeña escuadra, y anduve varios días triste, decaído y nervioso» (*ob. cit.*, p. 606).

⁵⁸ «La pérdida de las colonias hizo hablar a muchos políticos españoles de una necesidad de regeneración inmediata. No sé si tal regeneración conmovió los ministerios; el caso fue que en una de estas regeneraciones me dejaron cesante» (*ibid.*; Quinta parte: «En el vacío», p. 608).

necesario saber leer, y el político español, si es que ha sabido leer, ha practicado poco este ejercicio.»⁵⁹

Interesa aquí notar el término empleado por Baroja para designar a su generación: «literatos puros». Dejando aparte las consideraciones debidas a la edad y a la preocupación política de nuestros hombres, lo cierto es que fueron, en efecto, «literatos» a los que su status social (más que la edad) dejaba al margen de las levas militares⁶⁰, que por lo demás tanto parecían afectar a su sensibilidad cuando veían partir a la «flor de la España». Por lo demás, su réplica no carece de elegancia, habida cuenta de que los ataques fueron muchas veces personales y durísimos. A propósito de la guerra de Cuba, Santiago Ramón y Cajal dirigió a Baroja la siguiente filípica:

«Usted no es español, con un cinismo repugnante trató usted de eludir el servicio militar, mientras los demás nos batimos en Cataluña, fuimos a Cuba, enfermamos en la manigua, caímos en la caquexia palúdica y fuimos repatriados por inutilizados en campaña, y luego enfermamos, tratamos de estudiar y trabajar para enaltecer a la Patria, no con noveluchas burdas, locales, encomiadoras de condotieros y conspiradores vascos, sino luchando con la ciencia extranjera a brazo partido.

Si yo fuera el gobierno, a los malos españoles como usted, que cifran su orgullo y tienen a fruición despreciar los prestigios de la raza española, los condenaría a pena de azotes y después a una desecación lenta pero continua, en Costa de Oro.»⁶¹

Esta acritud no encuentra su correspondencia en el retrato que Baroja nos ofrece del premio Nobel, que por lo demás formó parte del tribunal ante el que leyó su memoria de doctorado⁶². Don Pío, esteta del impropio según Ortega, se mostró en realidad mucho más benévolo que personajes con fama de ecuánimes. Volviendo a su opinión sobre las guerras, Baroja, refiriéndose a los soldados-siervos de forma genérica, escribe, en términos similares a los empleados por Azorín:

«Allá saben que hay una Patria que necesita de su fuerza y de su sangre, una Patria a la cual conocen por el recaudador de contribuciones. Tienen una idea lejana del sentimiento del honor nacional, y marchan todos a la guerra, abandonando su industria el obrero, su terruño el labrador. Van sin entusiasmo; no gritan a los acordes de marchas fanfarronas,

⁵⁹ *Final del siglo XIX y principios del XX*, O. C., VII, p. 660 (y, con pocas variantes, en «Tres generaciones», *Ensayos*, O. C., VIII, p. 577).

⁶⁰ Baroja se eximió del servicio alegando motivos familiares.

⁶¹ Recogido en Félix Bello, *ob. cit.*, pp. 74-75.

⁶² *Galería de tipos de la época*, O. C., VII, pp. 925-928. Baroja se limita a señalar su brusquedad, arbitrariedad y cierta inclinación erótica. Tampoco considera original su filosofía de la ciencia.

ni se indignan por los ultrajes inferidos al sagrado nombre de la Patria. Heredaron su servidumbre como sus amos las haciendas.»⁶³

Bien mirado, esa misma condición servil serviría para explicar la indiferencia popular que tan encontradas emociones (comprensión, indignación) suscita en Baroja. La indiferencia, la pasividad pueden ser además un mecanismo de defensa: «el español no se entera», es impotente para ver la realidad, le falta curiosidad y apertura frente a las novedades. Con una actitud muy característica en él, Baroja interpreta esa indiferencia en términos vitalistas, muy poco después del «Desastre», en un artículo que lleva por título precisamente la frase entrecomillada:

«cuando la realidad es completamente dura y amarga, el instinto de vivir hace que los hombres no la veamos; cuando la realidad comienza a dulcificarse un poco, los hombres comienzan también a verla y se hacen pesimistas. De aquí creo yo que nace el pesimismo de los que van enterándose de las cosas de España. Los que están tranquilos, los que lo consideran todo con un buen aspecto, es que no se enteran. Y ésa es la mayoría de los españoles.»⁶⁴

Será precisamente ese pesimismo el que dé pábulo a la supuesta falta de patriotismo de Baroja, que, paradójicamente, cifra su amor a la Patria en ese «enterarse». El escepticismo barojiano (que tiene también su parte en el apolitismo) no está reñido, por tanto, con un sentimiento nacional que nada tiene que ver con el fanatismo folklórico al uso.⁶⁵

Por lo demás, Baroja siempre ponderó el valor constructivo de la iconoclastia, de la denuncia, sobre todo en la época inicial de sus fervores nietzscheanos («destruir es crear»). Bien es verdad que esta furia destructora es protagonizada por el individuo, y que en el individuo (si no en el «superhombre» propiamente dicho) ve Baroja la única entidad que puede oponerse a la masa acéfala, que, como intelectual, tanta repulsión le produce, a pesar de manifestaciones solidarias como las que hemos visto. Por eso también, y por el espíritu romántico ya comentado, aprecia los rasgos de individualidad, de personalidad. Lo que, aplicado a los pueblos y naciones, se traduce en el amor a lo característico, a lo pintoresco. En una de sus típicas paradojas (que le hacen merecedor del nombre dado a su personaje Silvestre Paradox), y a poquísima distancia de la derrota, Baroja declara su amor por una parte del pasado:

⁶³ «Lejanías», en *Ensayos*, O. C., VIII, p. 860.

⁶⁴ *Nuevo tablado de Arlequín*, O. C., V, pp. 100-101.

⁶⁵ Sobre el concepto de patriotismo, véanse además «Tres generaciones», en *Ensayos*, O. C., VIII, p. 577; «El patriotismo de desear» y «Mis patrias regionales», en *Juventud, egolatría*, O. C., V, pp. 168-169; «Santa austeridad», en *El tablado de Arlequín*, O. C., V, pp. 13-14; «Vieja España, patria nueva», *ibid.*, pp. 29-34. Félix Bello recoge otros textos de Baroja acerca de su preocupación nacional (*Pío Baroja, el hombre y el filósofo*, *ob. cit.*, pp. 73-80).

«Los que esperamos y deseamos la redención de España no la queremos ver como un país próspero sin unión con el pasado; la queremos ver próspera, pero siendo sustancialmente la España de siempre. Si se nos dice que a esa vieja iglesia estropeada, en vez de restaurarla se la va a derribar, y que en su sitio se levantará otra iglesia nueva, o una fábrica de gas, o un almacén de yeso, no nos entusiasmará la idea; primeramente, es muy posible que, después del derribo, no venga la construcción; además de esto, creemos que hay en el viejo edificio muchas cosas aprovechables.»⁶⁶

Bien es verdad que al romántico símil de la catedral medio desmoronada (también empleado por Azorín) contraponen, a renglón seguido, la necesidad de efectuar una política «antirromántica y positiva», en un régimen de «absolutismo de los inteligentes» y fuertes que sepan «enterarse»⁶⁷. No obstante, los intentos de una inteligencia fuerte y poderosa como la de Maeztu no pueden dejar de producirle alergia. Baroja no pone reparos a una cierta «deshumanización» en la política, pero humano, demasiado humano, se angustia ante la deshumanización del hombre moderno y su entorno. Por eso entabla, a raíz de la publicación de *Hacia otra España*, una viva polémica con su paisano Ramiro de Maeztu. Baroja se declara profundamente español en su odio al sentido común y en su doloroso ensimismamiento abúlico y también, por qué no, en su fatalismo (que nace de una cierta comodidad):

«Él siente la necesidad de la regeneración de la Patria, anhelos de que España sea grande y próspera, y nosotros, la mayoría, no sentimos ni esa necesidad ni esos anhelos.»

«Maeztu nos trae sus entusiasmos anglosajones y nietzscheanos por la fuerza, por el oro, por la higiene pública, por las calles tiradas a cordel, y a nosotros nos entenece la debilidad, la pobreza y las callejuelas tortuosas, oscuras y en pendiente. Nos canta a Bilbao, a nosotros, que no pensamos más que en Toledo y en Granada, que preferimos el pueblo que duerme al pueblo que vela (...) Yo, que no pienso, y casi puedo añadir que no quiero ser nada en la vida, miro a Maeztu como un paralítico podría mirar a un gimnasta (...) pero no le sigo. Es más: el día que esa nueva España venga a implantarse en nuestro territorio, con sus máquinas odiosas (...), ese día emigro (...) a Marruecos o a otro sitio donde hayan llegado esos perfeccionamientos de la civilización.»⁶⁸

La filosofía barojiana de la autolimitación, la «retórica de tono menor» o la «poesía de las cosas vulgares» (presente en otros miembros de la generación

⁶⁶ «Vieja España, patria nueva», en *El tablado de Arlequín*, *ob. cit.*, p. 30.

⁶⁷ Esta concepción dará lugar, años más tarde, al artículo «La política deshumanizada» (en *Intermedios*, O. C., V, pp. 688-689).

⁶⁸ «Hacia otra España», por Ramiro de Maeztu, fechado el 15 de marzo de 1899. En *Ensayos*, O. C., VIII, pp. 861-862.

modernista, como Azorín) no son, en definitiva, sino una faceta más de ese intelectualismo divagador, de ese «mariposeo intelectual» (por seguir usando términos de Baroja) con hondas raíces espirituales pero estéril en el ámbito de la vida material⁶⁹, como bien puso de relieve no sólo la «gente vieja», sino el mismo Ortega.

Unamuno

Y ¿don Miguel? Catedrático en Salamanca desde 1891, le llegó el nombramiento de rector en 1901, cuando empezaba su aventura modernista. Era mayor que los demás, pero compartió con ellos ideales, aunque no la vida bohemia de sus compañeros modernistas. Él, catedrático de filosofía no logrado, se enfrentó con el reciente pasado español desde su perspectiva de creyente heterodoxo, rebelde y... contradictorio, pues después de elogiar a Cánovas arremete contra el neotomismo del tiempo, la expresión más lata de la filosofía española durante el último tercio del siglo XIX:

«don Alejandro Pidal, el hueco charlatán a quien se le habían indigestado las piltrafas, ya descompuestas, del bucy de Aquino, que le sirviera, refitolosamente guisadas, el cocinero que fue el cardenal Fr. Zeferino González, intentó llevar a la llamada legalidad las llamadas masas trogloditas (...) Costa, después de haber empollado la Unión Nacional de que, como pollo de cascarón saltó Alba, cafa rendido de sed de justicia por haberse estado predicando, y sólo, en el desierto.»⁷⁰

Pocas, muy pocas veces escribió Unamuno sobre el problema colonial cuando este estaba alcanzando la cima del descalabro total entre 1895 y 1898. Poco también escribió después. En un artículo del lejano 1924, del título *El año crítico*, confirma la poca supervivencia real de la conciencia del «Desastre»:

«Los que van a formar la generación que ha de gobernar o desgobernar España cuando nosotros, los que han dado en llamar la generación del 98, nos arropemos el el último sueño, el de la tierra, apenas si conocen lo que fue aquello de Santiago de Cuba.»

⁶⁹ Dejamos fuera de este lugar, por no corresponder al periodo estudiado, la actividad política de Baroja, cuyas experiencias en el partido radical de Lerroux (estudiadas por Cecilio Alonso en *Intelectuales en crisis. Pío Baroja, militante radical (1905-1911)*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1985) se reflejan, por ejemplo, en *Una excursión electoral (en Las horas solitarias, O.C., V, pp. 263-282)* y en la novela *César o nada*. Para su opinión sobre Costa, Pi y Maragall, Lerroux y otros políticos, véase *Galería de tipos de la época (O.C., VII, p. 803 y ss.)* y «La política» (*Juventud, egolatría, O.C., pp. 214-219 y ss.*) De esta cuestión se ha ocupado también Félix Bello Vázquez en *El pensamiento social y político de Pío Baroja*.

⁷⁰ Párrafo citado en su artículo *El jubileo de la Gloriosa* y hoy recogido en Miguel de Unamuno, *Recuerdos e intimidades*, Madrid, Editorial Tebas, 1975, p. 426.

Todo pasa, el olvido vence, el sacrificio se hace inútil:

«Mártires —exclama Unamuno— es decir, testigos ¿de qué? ¿Qué atestiguaron? ¿A qué causa, a qué prestigio se les sacrificó? Y téngase en cuenta que el sentido primitivo del prestigio, el que tiene en latín *praestigium*, es el de engaño. ¿A qué engaño se les sacrificó?»

Y en el mismo escrito, y para comparar el «Desastre» de Santiago con la gesta de Guzmán el Bueno se pregunta «¿Qué divinidad terrible exigía semejante prueba?», para contestarse: «No; el acto de Guzmán es un acto de demencia»⁷¹.

Rubén Darío

Considerado por muchos el mascarón de proa del modernismo, la actitud de Rubén Darío ante el 98 no difiere gran cosa de la de sus correligionarios. Si acaso, su condición de extranjero (por añadidura, americano) le sustrae a las efusiones melancólicas, al tiempo que le hace contemplar con interés los fermentos de una nueva actividad cultural. Sabido es que Rubén viajó por segunda vez a España como corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires, precisamente para informar sobre la situación tras el «Desastre». Ya hemos comentado más arriba su entusiasmo ante la vitalidad catalana. Vitalidad no sólo económica, sino cultural⁷². En efecto, fue este aspecto, más que el primero, el que acaparó su atención, hasta el punto de condicionar su misma visión de la guerra y la derrota colonial. Así, admirador ferviente del José Martí poeta, no puede menos que exclamar, al conocer la noticia de su muerte en el frente:

«¡Oh, Cuba! ¡Eres muy bella, ciertamente, y hacen gloriosa obra hijos tuyos que luchan porque te quieren libre; y bien hace el español de no dar paz a la mano por temor de perderte (...) mas la sangre de Martí no te pertenecía; pertenecía a toda una raza, a todo un continente; pertenecía a una briosa juventud que pierde en él quizá al primero de sus maestros; pertenecía al porvenir! (...) Y ahora, maestro y autor y amigo —dirigiéndose al poeta muerto— perdona que te guardemos rencor los que te amábamos y admirábamos, por haber ido a exponer y a perder el tesoro de tu talento (...) pero ¡oh, Maestro, qué has hecho!»⁷³

⁷¹ Ver *Recuerdos e intimidades, ob. cit.*, p. 532.

⁷² «Desde luego sé ya que en Madrid me encontraré en otra atmósfera, que si aquí existe un afrancesamiento que detona, ello ha entrado por una ventana abierta a la luz universal, lo cual, sin duda alguna, vale más que encerrarse entre cuatro muros y vivir del dolor de cosas viejas. Un Rusiñol es floración que significa el triunfo de la vida moderna y la promesa del futuro en un país donde sociológica y mentalmente se ejerce y cultiva ese don que da siempre la victoria: la fuerza» («En Barcelona», *España contemporánea, ob. cit.*, p. 39).

⁷³ «José Martí», en *Los raros, O.C., ob. cit.*, tomo II: Semblanzas, pp. 483 y 491-492.

Pero si el «Desastre» tuvo como consecuencia funesta esta pérdida, también propició en alguna medida, según Rubén, la renovación intelectual, no ya sólo en Cataluña:

«La guerra, el «Desastre», han traído ahora un movimiento que algo hace esperar para mañana o para pasado mañana. (...) Se ha producido algo más en estos tiempos que antes de la *Debacle*, en novela, estudios sociales, crítica, anuarios, etc. Han aparecido nombres nuevos, y los mismos nombres viejos han aparecido con una barniz nuevo.»⁷⁴

El factor cultural tiene también su importancia, para Rubén, en el desencadenamiento de la guerra. A su llegada a Madrid en 1899 y al año siguiente, con ocasión del Congreso Social y Económico Iberoamericano celebrado en Madrid, el poeta señala la parte que la falta de una política cultural y el desconocimiento mutuo tuvieron en el alejamiento. Por supuesto que tal error no fue cometido, en su opinión, por los ingleses en Estados Unidos, «hechura y flor colosal de su raza»⁷⁵.

Por cierto que, a pesar de su tan cacareado anti-imperialismo yanqui, Rubén no dejó de sentir una fascinación totalmente nietzscheana por Roosevelt y los Estados Unidos, como queda patente en la famosa *Oda de Cantos de vida y esperanza* (1905). No debe chocar esta exaltación de la fuerza y energía, por lo demás, en un poeta que aparte de cantar a las princesas y los pavos reales lo hizo al gran Caupolicán y a las ínclitas razas ubérrimas. En 1910, en una crónica sobre el viaje del presidente americano a París, exclama entusiasta «¡Maravilloso ejemplar de humanidad libre y brava!». Importa señalar que Darío, además de realizar su panegírico, indica los «peros» que las declaraciones del presidente suscitan. Por parte de Levasseur:

«tal vez Mr. Roosevelt —que ha predicado la acción y la elocuencia— ha comprendido menos el carácter de otra clase de hombres de acción (...) que obran no menos enérgicamente que aquellos cuyo prototipo es

⁷¹ Ver *Recuerdos e intimidades*, ob. cit., p. 532.

⁷² «Desde luego sé ya que en Madrid me encontraré en otra atmósfera, que si aquí existe un afrancesamiento que detona, ello ha entrado por una ventana abierta a la luz universal, lo cual, sin duda alguna, vale más que encerrarse entre cuatro muros y vivir del dolor de cosas viejas. Un Rusiñol es floración que significa el triunfo de la vida moderna y la promesa del futuro en un país donde sociológica y mentalmente se ejerce y cultiva ese don que da siempre la victoria: la fuerza» («En Barcelona», *España contemporánea*, ob. cit., p. 39).

⁷³ «José Martí», en *Los raros*, O.C., ob. cit., tomo II: *Semblanzas*, pp. 483 y 491-492.

⁷⁴ «Libreros y editores», *España contemporánea*, ob. cit., p. 234.

⁷⁵ «Madrid», ob. cit., pp. 49-51, y «Congreso Social y Económico Iberoamericano», *ibidem*, pp. 343-343. En este mismo artículo, cumple sus deberes de corresponsal de un diario argentino analizando con pelos y señales la evolución y posibilidades del intercambio comercial entre los dos países.

él, pero en el silencio del gabinete y en la calma de los estudios abstractos.»⁷⁶

No sabemos si quedaban incluidos en esta categoría los «hombres tímidos» contra quienes lanza sus invectivas el yanqui, y en quienes podemos ver al modernista-tipo:

«Esta manera de neurastenia moral —en palabras de Roosevelt— se encuentra mucho en progresión en la sociedad moderna, y, sobre todo, preciso es reconocerlo, en Francia.»⁷⁷

Baroja hubiera dicho que esa fascinación por el superhombre era típica, precisamente, de los neurasténicos. Cuyo trato y forma de vida siguió prefiriendo, como es lógico, el esteta Rubén Darío.

Juan Ramón Jiménez

Mientras don Miguel se manifestaba con el grupo de los tres, otro joven literato neurasténico de provincia, también de la periferia de la península, si bien muy distanciada de las provincias vascas, cuna de Baroja, Maeztu y Unamuno, llegaba a Madrid, invitado por el círculo modernista de Villavespa: Juan Ramón Jiménez.

Introvertido, esquivo, enfermizo, enamorado solamente de sí mismo y de su poesía, aparece sin duda como el modernista más alejado de los problemas políticos y cotidianos. Sobre todo preocupado no sólo por el simbolismo francés y los clásicos españoles, sino también por la lírica inglesa y norteamericana. Defensor y teórico de una concepción del modernismo de derivación filosófica y teológica⁷⁸ J.R. Jiménez no pudo sustraerse de intervenir sobre la crisis española fin de siglo y, concretamente, sobre el problema cubano. Como sus compañeros modernistas creyó que la literatura podía representar un papel fundamental en la regeneración del país. Así al menos se expresaron todos. Otra cosa es que se lo creyeran, pues bien pudo ser un modo de egolatría y solipsismo para disimular su esencial desinterés por la vida externa, por los problemas comunes y colectivos.

⁷⁶ «Roosevelt en París» *Varia*, O. C., vol. II: *Semblanzas*, ob. cit., p. 673.

⁷⁷ *Ibidem*, p. 678.

⁷⁸ En una entrevista publicada por *La Voz* el 18 de marzo de 1935 dijo lo que había repetido y repetiría en tantas ocasiones: «El modernismo no fue solamente una tendencia literaria; el modernismo fue una tendencia general. Alcanzó a todo. Creo que el nombre vino de Alemania, donde se producía un movimiento de tipo renovador por los curas llamados modernistas. Y aquí, en España, la gente nos puso este nombre de modernistas por nuestra actitud. Era el encuentro de nuevo con la belleza, sepultada durante el siglo XIX por un tono general de poesía burguesa. Eso es el modernismo: un gran movimiento de entusiasmo y de libertad hacia la belleza».

No ha faltado quien haya defendido una interpretación regeneracionista en la obra del poeta de Moguer. Cardwell ha citado en su apoyo algunas expresiones de J.R. Jiménez que hablan «de la debilitación espiritual de España y del materialismo creciente de la época moderna»⁷⁹.

Modernidad como rechazo del inmediato pasado, de la realidad mostrenca del presente y, también, ¡claro está!, proyectos de futuro. Propuestas individuales, personales, estéticas y filosóficas para pocos, los mejores, capaces de recibir y asimilar. Sin embargo todo ello tenía poco que ver con las soluciones «técnicas» de Costa, muy poco con la economía cubana y con las dificultades de nuestro Ejército en las Antillas. Las escasas referencias no van más allá de expresar su desacuerdo con el Gobierno de Madrid y su actitud independentista:

En España —escribe J.R.J.— muchos éramos partidarios de la independencia cubana y protestábamos de la guerra con Cuba, con todo el fuego de nuestra sangre⁸⁰.

Este texto, como otros semejantes, fueron escritos por J.R.J. durante el exilio en Hispanoamérica y Norteamérica. De cualquier forma nuestro poeta interpretó siempre el modernismo como la expresión del espíritu comunitario existente entre Europa y América⁸¹. Por otra parte sus elogios a los Estados Unidos demuestran ulteriormente el poco dolor que dejó en el joven J.R.J. la derrota española:

«Cuando yo miro a Estados Unidos desde España, lo considero el país más moderno del mundo. Cuando estoy aquí, siento que estoy en ese país moderno del mundo; y vivir aquí en los alrededores de New York es para mí vivir en el lugar más completo de hoy, campo respetado y ciudad terminante, la ciudad que con todos sus defectos y por ellos es la que corresponde al hombre actual que yo siempre he querido ser y que no he podido ser, por desequilibrio exterior e interior, en otros puntos más viejos del mundo.»⁸²

Creemos, en fin, que la aportación de los modernistas a la regeneración de España resultó inútil. El pesimismo, la tendencia al nihilismo y al anarquismo

⁷⁹ Cfr.: Richard Cardwell, Juan Ramón Jiménez, ¿noventayochista?, en *Actas del Simposio Internacional de Estudios Hispánicos*, Budapest, Akadémiai Kiadó, 1976, p. 155 y ss.

⁸⁰ J. R. Jiménez, *Alerta* (introducción y notas de Javier Blasco Pascual), Salamanca, Ediciones Universidad, 1983, p. 77. Los textos ofrecidos en este volumen fueron publicados en varios libros precedentes: *El andarín de su órbita*, *La corriente infinita*, *El trabajo gustoso* y *Crítica paralela*. Todos juntos se presentan por primera vez en esta edición de *Alerta*.

⁸¹ Espíritu comunitario, y no sólo, ya que España, Hispanoamérica y los Estados Unidos han tenido, según J.R.J., un desarrollo poético paralelo desde el romanticismo en adelante. «Es un triángulo definido. Ningún país de Europa ni del resto del mundo podría abrir o cerrar este triángulo con las dos Américas, como puede hacerlo España. Ni Inglaterra, ni Francia, ni Portugal podrían intentarlo» (*Alerta*, ob. cit., p. 55).

⁸² Cfr.: *Alerta*, ob. cit., p. 53.

ayudan poco a la reconstrucción nacional. El patriotismo, cuando existió, se transformó en rabia o en marcado desinterés... en silencio. Cuba significaba el resto de un pasado. La solución no consistía en recuperarla sino en cortarla del tronco, para así, más libres, indagar y comprender mejor el corazón de España y con él lanzarse, en la generación siguiente, la de Ortega, a la interpretación española del mundo, a la reconstrucción total desde nuevas perspectivas: las de la modernidad. En fin, y como contrapeso a la exaltación de la época de la técnica y del progreso el modernismo intentó, y en parte consiguió, la conciliación de aquella con un descubrimiento de los valores espirituales. Como ha escrito Javier Blasco Pascual, «hay que admitir que, si el modernismo da actualidad a una concepción de la literatura como alternativa espiritual, frente a la idea de progreso entendido sólo como avance técnico y científico, el modernismo tiene hoy plena vigencia»⁸³.

⁸³ En «Introducción y notas» a la citada edición de *Alerta*, ob. cit., p. 47.